

EL TODO EN EL UNO: LA CULTURA Y LO SAGRADO
por Francisco García Bazán
(Universidad Argentina J.F. Kennedy-CONICET)

Agradezco a los académicos Jorge Crisci y Jorge Gallardo, promotores y organizadores de esta jornada sobre “La cultura es una” el haberme invitado a ella, lo que permite dirigir la palabra a los distinguidos colegas eclesiásticos y académicos, y a los queridos amigos presentes, a todos los cuales dio las gracias por su asistencia.

En la séptima edición del *Septem linguarum Calepinum* redactado por el sabio agustino Ambrosio Calepino en pleno Renacimiento con sucesivas ediciones corregidas por el mismo autor entre los años 1502-1509, una obra dirigida al uso de los seminarios eclesiásticos, pero que en poco tiempo adquirió universalidad como modelo de diccionario y antecedente ejemplar de los que le siguieron -como el *Thesaurus Latinae Linguae* (1532)-, cuya impresión del año 1752, editada en Padua, puedo manejar, dice acerca de “cultura” estas palabras orientadoras que en parte parafraseo: «*Cultura* en it. “coltura” y en griego *evrgasiva*, *qerapeiva*. Se dice igualmente *cultus*. Siguiendo a Cicerón en *Tusculanas* II,5: “campo fértil, porque sin *cultura* (ahora en la acepción de cultivo) no es posible que haya fruto o provecho (*fructuositas*). A partir de este significado fundamental y con sentido translaticio esta acepción en su doble sentido de campo y cultivo se transporta como actividad del alma. Como se ha escrito también quiere decir obsequio en relación con las personas y veneración respecto de los dioses, lo que especialmente se expresa con el vocablo *cultus*, en griego *qerapeiva* y *evpimevleia*, puesto que el cuidado de los dioses se denomina rito (o sea, repetición respetuosa) y ceremonia». Se trata de un repositorio de ideas eruditas que es anterior a la Reforma de Lutero y Calvino iniciada en 1517 y que muestra por qué unas décadas después el Pontífice Pablo III (Alejandro Farnese) impulsó una Reforma católica que se venía incubando previa al Concilio de Trento – y que se malogró- rodeándose de intelectuales como Sedoleto, Reginaldo Pole, Seripando y el mismo Agustín Steuco, para impedir con el aporte de un equipo de eclesiásticos cultos la fragmentación del mundo cristiano. Steuco, filólogo en letras griegas, hebreo y arameo y dueño de una amplia erudición escrituraria y clásica, es el autor del volumen *Philosophia perennis* en el que trató de demostrar que hubo una tradición remotísima de naturaleza religiosa y filosófica con capacidad para reunir en una sola fe a pueblos y razas de costumbres bien diversas y sostenía también en polémica con Lutero y Erasmo que una de

las causas principales del avance del luteranismo era el desconocimiento germano de las letras clásicas y de las fuentes antiguas.

Pues bien, si comparamos la visión generosa sobre el vocablo “cultura” que se aprendía en los seminarios cristianos del Renacimiento humanista en comparación con el empleo del vocablo en los siglos XI y XII de la Edad Media, la diferencia en sentido restrictivo en este último caso salta a la vista, pues el *Mediae Latinitatis Lexicon Minor* de J.F. Niemeyer, registra:

Cultura: «Es el campo ganado sobre un terreno no cultivado». Alusivamente así lo ratifica Gregorio Turonensis en *Historia Francorum* 6,20: *Ponens vinias, aedificans domus, culturas erigens* (si siembras viñas y edificas una casa, estás estableciendo un campo)». Otra acepción próxima: «Campo de dimensión media que forma parte de una reserva señorial», otra igualmente análoga “terreno de ciudad”. De este modo el adjetivo *culturalis* quiere decir coherentemente “laborable”. Asimismo la palabra *cultura* puede significar como *cultus* la veneración a lo sobrenatural. Con tendencia a reducir la última acepción al respeto y actos correspondientes que se refieren a Dios.

Podemos deducir de lo dicho que mientras que las restricciones del vocabulario sobre “cultura” en la plenitud de la Edad Media obedecen al pragmatismo de los usos y costumbres de la educación y de la vida cotidiana, la amplitud del Calepino deriva del estudio de los textos clásicos, particularmente latinos, y que en ellos apoya su saber y reflexión el modelo transmitido por el sabio humanista agustino.

Efectivamente es el latín escrito de la época clásica el que haciendo derivar el sustantivo *cultura* del participio del verbo *colo, colui, cultum*, incluye las acepciones del trabajo de la tierra o las diversas formas de cultivo del campo (*agri cultura*) y en forma figurada asimismo las amplía en el cultivo del alma o del espíritu. *Cultura animi philosophia est*, como escribe Cicerón en *Tusculanas* 2,13. La acción de obsequiar a alguien y asimismo la acción de honrar y venerar (Minucio Felix) se incluye en el mismo universo significativo.

Dicho en pocas palabras, para los romanos en la época clásica el cuidado (*cultura-cultus*) puede ser objetivamente de entidades externas, pero también una actividad subjetiva, la disciplina de practicar una conducta respecto de ellas, bien sean las artes liberales (*studiorum liberalium*), o sea, el ciclo básico de estudios que asimismo los griegos alejandrinos denominan *tà enkyklía* (ver Filón de Alejandría); bien sea la literatura

(*litterarum*), o bien se trate de la religión (*religionis*). Permanece asimismo fija la sinonimia *cultura-cultus*, el respeto y la veneración de los padres y de los dioses. Pero se advierte también una modalidad significativa que deriva de la misma fuente, lo cultivado adquiere las cualidades o atributos de la práctica del cultivo, el campo rústico pasa a la situación de cultura, y el individuo humano que practica la cultura adquiere la modalidad del que se ha cultivado, es decir, el estado de cultura (o de civilización, la forma o calidad de vida). Lo dicho lo reconoce claramente Julio César en *De bello gallico* 6,19,4, al confesar que: «En relación con el nivel de cultura de los galos sus funerales son magníficos» (*funera sunt pro cultu gallorum magnifica*) y Cicerón lo ratifica desde su ideología romana: *homines ad hunc humanum cultum civilemque deducere* (llevar a los hombres a nuestro estado de cultura y civilización [u organización civil])» (Oratore 1,33).

Los autores romanos incluso han ido más allá puesto que también han incluido en su acepción de cultura el atributo de sofisticación, refinamiento y elegancia en los objetos artesanales, los edificios y el estilo artístico como lo confirman Séneca, Tácito y Quintiliano, sobre todo el hispano Quintiliano.

Oído el resumen leído todos estarán de acuerdo que para nosotros contemporáneos que practicamos la mirada crítica, *nihil novum sub sole*.

El Calepino, sin embargo, nos orienta también hacia algo menos obvio y que es el vocabulario griego sobre la cultura.

Dos términos especiales: *evrgasiva* y *qerapeiva* unas palabras que todavía siguen empleando los griegos de nuestros días.

Pero atención, porque en tanto que *ergasía* como fuerza activa de producción se vincula con el verbo *ergázomai* relacionado con la producción y el trabajo tanto en relación con la tierra, el cultivo de las viñas, por ejemplo, y las actividades manuales y en nexo también con las prácticas artesanales, el vocabulario no parece escapar al campo de las artesanías, sin intentar elevarse a otras esferas: esto último ha quedado para el ámbito que cubre la *therapeía* con el cuidado de los padres y la actitud de servicio (no de aversión) a los dioses. La extrañeza de este vocabulario ha desorientado a menudo a los autores que han confundido las raíces griegas de la concepción de la cultura con la *paideiva* que tiene que ver básicamente con la educación y la enseñanza (lat. *doceo* e *institutuo*) que estrictamente es doméstica, puesto que se refiere a la crianza (nutrición: *anatrophé* y formación o

sostenimiento interior) del niño (*país-paidós*). Todo el vocabulario aferente lo confirma: *paidagogos* (el que lleva de la mano al párvulo), *paidià* (juego infantil), *paígnion* (juguete), etcétera. El gran Henri-Irené Marrou se sintió embarazado por la dificultad, y agregó a *paideía-paideúsis*, en el sentido de una formación permanente del sujeto individual educado dirigido por el ideal del hombre, el hombre helenístico, que no sólo cultiva por la educación, lo que distingue al hombre del animal en la comunidad política, sino que lo lleva más allá orientado por el horizonte cosmopolita de la *oikouméne*, la tierra habitada de las múltiples *poleís*. Con este artificio hasta se animó a utilizar la idea de persona como integrativa del modelo humano de la época helenística. Esfuerzo desde luego tan afectivamente romántico para esta época como intelectualmente malogrado. Ofrece, sin embargo, la lengua griega otros recursos más precisos y promisorios para el análisis. Todavía en la actualidad se utiliza el vocablo *kalliergía* y el verbo *kalliergeo*, es decir, en el primar caso, “buena obra”, “buen cultivo” y en el segundo “producir de forma bella o noble” y en voz pasiva, “trabajado bellamente”. Estos usos lingüísticos exigirían una dedicación más extensa, pero al menos ocasionalmente ofrecen una doble vía a la investigación: la primera es para limpiar de prejuicios el concepto de trabajo y mostrarlo en sentido positivo como fenómeno humano y de la cultura del hombre que no se encierra en un círculo pesimista, como lo determinan algunas concepciones que basándose en un doble fenómeno accidental del Medioevo, la existencia de un instrumento de tormento y de una máquina de herradores –*trepalium-tripalium*, reducen la etimología del término trabajo a ellos, olvidando sus sinónimos más antiguos *labor* y *opera* (*laborator* y *operarius*, respectivamente) y ven la afinidad de la expresión bíblica “ganarás el pan con el sudor de tu frente”; pero omiten el costado optimista «puso el Señor Dios al hombre en el jardín de Edén, para que lo labrase (*ergázesthai*) y cuidase», *âbad* y *šamar* en hebreo, es decir, hacer dar frutos a la tierra e impedir su deterioro. Actos profundamente humanos. Se trata de una actividad sagrada, igual que en el poema babilónico de la creación, el *Enuma Eliš*, el hombre como colono de los dioses debe producir criando y cuidando al ganado porque la abundancia es un servicio para los dioses. Lo segundo que se debe mencionar es que la expresión “obra bella”, eleva al operador y conduce al ideal ateniense presocrático de lo que es “kalós kai agathós”, “lo bello y bueno”, apareciendo la belleza como pariente y vestíbulo del bien. Pero de acuerdo con su etimología indoeuropea *kalón*, viejo eslavo *celu*,

gótico *hails*, alemán, *Heilig*, inglés, *holy*, es lo sagrado o santo como “intacto” y “sano”. Es posible decir, por lo tanto, que el Calepino libre de prejuicios posrenacentistas a los que se da ingreso por los conflictos religiosos y políticos de la Reforma protestante nos lleva a momentos en que la cultura occidental se caracterizaba más por la universalidad de la doctrina que por enfoques parciales y provincianos y que en este campo los residuos examinados del vocabulario griego nos llevan eufóricamente más allá de los confines de la *humanitas* romana como legado estructurado del helenismo grecorromano.

Y lanzados por estos aires de libertad, sí que entramos en un área de conflictos reales, porque en el campo cultural encontramos productos que son los resultados de una actividad humana específica, bienes, por lo tanto, que muestran una diversidad orgánica que otorgan a la cultura una cierta sistematicidad, una actividad de transmisión de este acervo que educa y una actividad de agentes creadores que amplían y profundizan la cultura establecida.

De acuerdo con las anteriores palabras podría afirmarse que el aspecto de conservación y transmisión de una cultura es el plano propiamente civilizatorio en el que temporalmente decanta, y que el momento de asimilación subjetiva y de creación es el propiamente cultural, anulando la falsa y repetida dicotomía moderna entre civilización y cultura. Así nos podría guiar la formulación perentoria de que el alma de la civilización es la cultura igual que el espíritu es el que da vida a la cultura, manteniéndola con su impulso creativo como una y totalidad múltiple y polimorfa.

Pero el aserto resulta ser una acuñación demasiado apretada en su formulación y requiere que su contenido sea analizado y ampliado en sus consecuencias.

Porque el camino de restricción y uniformización que ha tomado la mentalidad moderna y que se ha adueñado cada vez más de las interpretaciones de la cultura, conspira contra los horizontes amplios que nos ha abierto el Calepino y esto es lo que se debe comprender y puntualizar, para que la cultura siendo en su raíz una y diversa no quede sofocada en esquemas rígidos movidos por la utilidad ni en estereotipos antihumanizantes que determinan las políticas pasajeras.

La primera pregunta que podría surgir de la exposición sería, pero ¿Es el trabajo humano como actividad y producción cultura? Sin lugar a dudas, porque compromete la creatividad del agente y asimismo produce un resultado que en la medida en que refleje con mayor claridad su libre creatividad será más clara manifestación cultural. Y es que precisamente

hemos visto siguiendo el método de las etimologías que primariamente la cultura se ha expresado como cultivo de la tierra. Lo dicho exige que además de la fuente subjetiva, su actividad cultural y el cultivo del agente, nos introduzcamos en la diversidad cultural que implica multiplicidad y grados de cultura de acuerdo a los valores encarnados por los productos. Todo objeto cultural, como diría Max Scheler, es un bien, porque incorpora un valor y de este modo es un algo valioso y los valores, con Ortega y Gasset, nos permiten acceder a un mundo hecho de aceptaciones, preferencias, posposiciones y rechazos, un mundo ordenado por valores y disvalores que organizan la conducta, antes que por juicios, razonamientos, ordenaciones lineales y clasificaciones que ordenan el conjunto de hechos y cosas que nos rodean. También el entorno nos ofrece fenómenos que nos agradan y desagradan y los primeros nos atraen, mientras que los segundos nos repugnan y alejan. De la reunión de los factores valorativo, cognoscitivo y desiderativo unidos a nuestras necesidades naturales de subsistencia, nuestras exigencias racionales-intelectivas y nuestras aspiraciones estéticas y liberadoras, surgen los bienes culturales que según el dominio técnico-educativo serán más refinados o populares, pero que de acuerdo a su incorporación predominante de lo útil y apto para la satisfacción sensible que es parcial, lo lógico, jurídico, ético y artístico –idóneo para la conservación de la totalidad del individuo formando parte de la comunidad- o bien la búsqueda de una persistencia permanente que tiene que ver con valores religiosos y sagrados –anhelo de liberación hemos llamado a esta última aspiración-, espontáneamente se ordenarán en una jerarquía que es intrínseca al mundo de los valores que simultáneamente es transversal al mundo de la cultura. Cultura, valores y orden valorativo-cultural forman una tríada intercomunicativa e inseparable. Pero ¿lo descrito es válido para todos los hombres o surge de una simple estimación local? En otros términos: las obras de la cultura y en especial las más sublimes gozan de universalidad o son simplemente esbozos culturales que se yuxtaponen a otros surgidos en otras geografías y cosmovisiones. Este es el punto que elucidado, debe ser el fundamento sólido, pedestal y sostén, en el que se afirme cualquier muestra cultural de auténtica validez en su plano: actividad provechosa de recocimiento sin fronteras; acción contemplativa o científico-investigativa que busca un bien para toda la humanidad; producción artística que plasmando lo local refleja la universalidad del sentimiento. La fuente inspiradora que dirige estos logros no es el cuerpo ni es la psique, es el espíritu, origen de la libertad y señor de la

persona. La persona humana cuya última caracterización no es la inteligencia ni la decisión, sino un fondo más profundo, el vivirse el yo como idéntico y diferente, la experiencia de la intersubjetividad incangeable, donadora-receptora de respeto y base de lo que es específico en el hombre entre la naturaleza animada, otros hombres y los dioses. No vieron con nitidez los pensadores griegos esta índole mixta de lo “otro-idéntico” humano obnubilados por el resplandor de la imagen cósmica, la anticiparon los judíos con las figuras del cortejo de ángeles de Yahvé, el Señor, y la ratificaron los primeros intelectuales cristianos: judeocristianos, gnósticos y protocatólicos cuando percibieron que no hay Dios Padre sin el correlato de Dios Hijo, ni Dios Padre-Hijo sin el enlace amoroso e intradivino del Espíritu Santo. En fin, cuando sintieron la necesidad de determinar una doctrina trinitaria. Occidente es heredero de estas iniciativas gigantescas y que nada tienen de fáusticas, de la presencia eficiente del Espíritu en la historia y no puede ser desleal a semejante legado. Aunque por momentos pareciera desorientarse queriendo imponer mundialmente instrumentos civilizatorios de calidad política, económica, jurídica, legal o religiosa que han madurado en su propia cultura y que han resultado aptos para la convivencia local. Sin embargo, por imperio de las circunstancias antes laicas que laicistas, los investigadores occidentales han propugnado en el área de las humanidades categorías hipotéticas de gran potencia heurística. Han descubierto primero en las investigaciones antropológicas la noción de “lo sagrado” como un concepto operativo apto para poder entender la religión como un fenómeno laico y de naturaleza civil, para posteriormente poder captar el contenido de la noción como correspondiente a un fundamento trascendente a las manifestaciones particulares en el que se sustentan la diversidad antigua y moderna de los fenómenos de lo sacro, religiosos, artísticos y culturales. La caracterización señera de R. Otto de lo “sagrado” como divino, numinoso o *mysterium tremendum maiestaticum fascinosum*, ha abierto amplios caminos de investigación al conjunto de la cultura universal y los trabajos que durante años se presentaron y discutieron en los *Eranos Jahrbuch* de Ancona que él inspiró y el psiquiatra suizo C. G. Jung avaló ininterrumpidamente, ha sido hasta ahora el mejor respaldo colectivo a la iniciativa.

Lo que se debe entender en nuestro caso presente es que lo que en los agentes culturales creativos se revela como función del espíritu y trascendiendo a las entidades colectivas orgánicas que son las culturas, obedecen a ciertas normas subterráneas que rigen sus

cambios vitales a lo largo del tiempo que no provienen de decisiones voluntaristas emanadas de individuos o de agregaciones fortuitas de individuos, sino que nacen de la organización anterior y preyacente que proviene de la dicotomía y división de sagrado y profano -que está visiblemente presente en las sociedades arcaicas- y de la dialéctica o relación mutua entre ambos opuestos. Ellos aspiran al equilibrio o relación mediadora por la unión estable de ambos opuestos estableciendo un orden cultural que busca la originalidad, estabilidad y convivencia entre los diversos valores y que cuando se logra colectivamente se vive una edad o siglo de oro y cuando se concreta parcialmente se alcanza un modo de lo universal en el hombre, porque individuos y pueblos aspiran a esa adecuación o firmeza de la conjunción de los opuestos, por más que la unión sea humana, es decir, temporal y efímera. Ha sido la presente una tentativa por explicar algo de lo que estoy convencido y que la colaboración de nuestras Academias con actos como el hoy apoya: que la cultura es como diversa un todo y como todo se asienta en un fundamento uno -lo sagrado, pienso yo- que como fondo inextinguible o potencia en sí misma supera las fronteras de Oriente y Occidente y en su decurso necesariamente temporal recibe norma e impronta de la propia espontaneidad. El genio cultural -el santo, el sabio o el artista- es un humano superior, un *homo optimus*, como decía Paracelso, porque es el más humilde y libre de los seres del universo.

BIBLIOGRAFIA

- *Septem linguarum Calepinus. Hoc est Lexicon Latinum, Variarum linguarum interpretatione adjecta in usum Seminarium Patavinum. Editio septima emendatior, & auctior. Volumen Primum et Secundum*, Patavii, Typis Seminarium, MDCCLII. Apud Joannem Manfrè, Superiorum permissu, et privilegio.
- Cornelio Schrevelii, *Lexicon Manuale Graeco-Latinum et Latino-Graeco*, Patavii, ex typographia seminarium, MDCLXXXVII. Superiorum permissu.
- J.F. Niermeyer, *Mediae Latinitatis Lexicon Minus*, Brill, Leiden, 2001.
- Fèlix Gaffiot, *Dictionnaire Illustrè Latin –Français*, Hachette, Paris, 1934.
- P. Chantraine, *Dictionnaire Ètimologique de la langue grecque. Histoire des mots*, I-IV,1-2 ,1968-1980.
- H.G. Liddell & R. Scott, *A Greek-English Lexicon*, Oxford at the Clarendon Press, reed. 1966.
- F. Garcia Bazàn, «La cultura y los bienes culturales», Suplemento Literario de “La Naciòn”, domingo 17 de febrero de 1980, p. 3.
- F. Garcia Bazàn, *El hermetismo. Identidad e historia de un culto misteriosòfico*, Buenos Aires, 2007, en www.elhilodeariadna.org